





**P** Jorge Edwards  
**REGÓN**

**37** **FERIA**

*del* **LIBRO ANTIGUO**  
*y* **DE OCASIÓN**

*Sevilla-----2014*



**E**ntre las bibliotecas de mi infancia, recuerdo la de un pariente cercano de mi padre en la parte baja de la Alameda de Santiago de Chile: era una mansión en forma de buque, de altas paredes ovaladas ocupadas por dos pisos de estanterías de libros. Esa biblioteca haría pensar en el Nautilus de Julio Verne o en barcos sepultados en el fondo del mar, en algún Titanic del siglo XIX. Contaban que tenía todo lo que se había publicado en imprentas de América española, desde el norte de México hasta el Cabo de Hornos. Nunca se supo si alguien la había consultado. Supongo que mi pariente, de monóculo, de frondoso pelo blanco, al final de sus largas jornadas financieras, se sentaba en un sillón victoriano y hojeaba durante un rato alguno de sus tesoros. Fui una vez con mi madre, por algún motivo que ignoro, quizá por mera

sociabilidad, a visitar a la anciana dueña de casa, madre del coleccionista compulsivo. Es uno de mis recuerdos infantiles más fuertes, y me olvidé de narrarlo en el primer tomo de mis memorias. No hay memorias, me digo ahora, si no hay olvidos. La única memoria perfecta es la de Funes el memorioso, personaje irreal, que en la realidad sería un enfermo, de un cuento de Jorge Luis Borges.

Pues bien, subimos a un piso más alto, anduvimos por una galería lateral, entre empastes de los siglos XVIII y XIX y balconajes de hierro forjado, abrimos una puerta disimulada entre las estanterías, y encontramos a una señora de pelo blanco, hundida entre voluminosos almohadones, que hacía morisquetas frente a un espejo en un espacio en penumbra. Eran gestos para ahuyentar fantasmas, y ahora me pregunto si los fantasmas, en la imaginación de ella, no seríamos nosotros, que habíamos salido de la zona bibliotecaria y habíamos entrado en los espacios secretos habitados por la gente de la casa.

Años después de nuestra visita, los ancianos murieron y los libros fueron dispersados. Los martillazos de los martilleros -martilleros de hacienda, se decía en el Chile de

entonces- habían retumbado durante días enteros en paredes que los amortiguaban. Como ya lo he contado en otra parte, salía en esos años de mi infancia escolar a las cinco de la tarde en punto de las galerías ignacianas, las del Colegio de San Ignacio de la calle Alonso de Ovalle, y compraba algún ejemplar de la Colección Austral en una librería que se encontraba a la vuelta de la esquina. Como la librería era declaradamente católica y apostólica, se podía suponer que no vendía obras colocadas en el índice de las prohibidas por la Iglesia, de manera que un infantil o adolescente congregante mariano podía leerlas sin condenarse al infierno. Fue así como entré, con la conciencia tranquila, en los paisajes castellanos o andaluces de Azorín, en las aventuras terrestres y marinas de Pío Baroja, en narraciones de Ramón Pérez de Ayala, en cartas finlandesas de Ramiro de Maeztu. Y devoré reflexiones, paradojas, maravillosas citas literarias y filosóficas, novelas y nivolas, de don Miguel de Unamuno. En resumen, fue una iniciación, la entrada en un camino que todavía no termina. Los libros de aquella época, de mis años escolares, son ejemplares descuadernados, desarmados, de tipos de

impresión irregulares y desteñidos, de papel que sale de su catacumba particular y tiende a deshacerse, como si no resistiera el aire de los días normales, de las superficies urbanas. Se encuentran todavía en estanterías y fondos de baúles: libros viejos, que podrán adquirir algún día la categoría de antiguos

Hacia mediados de 1959, en los comienzos de la primavera, estaba en Santiago y había comenzado mis trabajos en la diplomacia chilena. El Director de Protocolo, un embajador a la antigua, de corbata de mariposa y ya no sé si de polainas grises, que había estado hacía poco en Austria, me llamó y me pidió que acompañara al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, quien llegaría al frente de la delegación oficial de su país a participar en una conferencia panamericana. Me dijo que era un señor que leía las “mismas cosas” que yo y que era aficionado a los mismos extraños asuntos. Me acuerdo de que recibí a la delegación al pie del avión y de que me llevaron, no sé por qué, hasta la habitación de hotel de uno de los delegados: un personaje algo solemne, también vestido a la antigua, blanco de canas, de cara alargada y enjuta. Se parecía vagamente a algunos de los personajes retra-



tados por el Greco, al Caballero de la mano en el pecho. Abrió la maleta delante del pequeño grupo, sin esperar que se disolviera la reunión, y vimos un gran crucifijo de marfil encima de la ropa, objeto sagrado que el personaje, el Caballero, el Viceministro, procedió a colgar de una de las paredes.

El Ministro peruano se llamaba Raúl Porras Barrenechea y pronto supe que era un historiador y autor conocido, de vasta obra, dueño de una extraordinaria biblioteca en su residencia de Lima. La conferencia panamericano se concentró a poco andar en largos, fogosos, retóricos discursos, que a mí me parecían perfectamente huecos, provocados por el debate de la delegación cubana revolucionaria con los representantes de los Estados Unidos y la República Dominicana. El dominicano empleaba metáforas populacheras, de mala uva, y el cubano, Raúl Roa, a quien me tocaría tratar más tarde, levantaba los brazos como aspas, como alas de pelícano, y contestaba con una poderosa batería de argumentos libertarios. ¡Qué comienzos, me digo ahora, qué anuncios desmentidos!

Al final de la jornada, el Ministro Porras Barrenechea, que había intervenido poco, me

pidió que fuéramos a visitar librerías de viejo. Visitamos diversos lugares, en el centro y en los barrios del sur del Santiago de entonces. El Ministro era hombre más bien silencioso, atento, amable. “Usted lee las mismas cosas”, me dijo en la segunda o tercera de esas tardes, después del escrutinio de los libros de la calle San Diego, “que un grupo de jóvenes escritores de Lima”. Se refería a obras de Jorge Luis Borges, de César Vallejo, del emergente Julio Cortázar, pasando por Jean-Paul Sartre y por William Faulkner. El ministro historiador discrepaba con nosotros en forma tranquila. Le gustaba el Borges de barrio y de provincia, el de Fervor de Buenos Aires, pero se aburría con el de las “invenciones pretenciosas” que le gustaba tanto a mi generación. Y me hizo una confesión interesante: su alto cargo le gustaba poco, y habría preferido mil veces partir a Sevilla y seguir historias coloniales, entre papeles y documentos, en el Archivo de Indias. Después conocí un detalle revelador. Los jóvenes limeños que practicaban las mismas lecturas que nosotros, en Santiago, se llamaban Mario Vargas Llosa, José Miguel Oviedo, Abelardo Oquendo, Carlos Germán Belli, Luis Loaiza. Es decir, formábamos parte

de una generación que seguía las mismas tendencias literarias sin necesidad de haberse puesto de acuerdo. Era un comienzo que coincidía con otros comienzos, y esa generación estaba auspiciada y en algún sentido estaría condenada por destinos muy parecidos.

Salí de los recintos polvorientos de la calle San Diego de Santiago de Chile, de la calle Merced, de calles adyacentes, y he conocido librerías de viejo de Buenos Aires, de París y Madrid, de Nueva York y Washington D. C., de México, de Bogotá y Lima. Extraviado hace años en una de las galerías del Centro Cultural San Martín, de Buenos Aires, me encontré con un norteamericano de mediana edad que también andaba perdido y buscaba su sala de conferencias. Abrimos una portezuela y una gran sala casi repleta, que se abría dos pisos más abajo, lanzó una carcajada. Nosotros parecíamos actores despistados de una película de Buster Keaton o de Chaplin. Nos colocaron en una mesa redonda que ya estaba en acción y supimos que el norteamericano, autor de novelas de notable éxito popular, no estaba invitado al debate sobre la crítica, que tenía lugar en esa sala, sino a otro, en otra sala, sobre la novela y el cine. El error provocó nuevas

risas colectivas. En fin, la mesa se reanudó, terminamos bien, hasta con aplausos, y supe que el norteamericano era Larry MacMurtrie, autor de novelas llevadas al cine y a las teleseries y dueño de dos o tres librerías anticuarias en diferentes lugares de los Estados Unidos. Años después me volví a encontrar con él en el barrio de Georgetown, en Washington D. C., y me mostró una de sus librerías. Era un recinto medio subterráneo, de color blanco, atiborrado de ediciones originales en lengua inglesa, de los siglos XIX y XX en su mayoría. Recuerdo ejemplares de poesía de T. S. Eliot, de William Carlos Williams, de Marianne Moore. Había una que otra edición de autores anteriores y algunos libros más recientes. No sé si el establecimiento se financiaba con la sola venta de libros, o con los derechos de las novelas y de las películas de Larry (por ejemplo, La fuerza de un cariño, con Shirley Mac Laine). Larry, que me había invitado a almorzar en su librería, me llevó a un pequeño puesto callejero y me propuso que escogiera un sándwich y una bebida. En eso consistía su invitación. Después me invitó a un departamento de propiedad suya. Había una mesa de madera, una máquina de escribir marca

Hermes (los ordenadores ya funcionaban hacía bastante tiempo, pero aquí brillaban por su ausencia), un alto correspondiente a tres o cuatro resmas de papel en blanco, y varios cráneos de vacas instalados en las estanterías más cercanas. Me explicó, entonces, que sus abuelos formaban parte de las últimas generaciones de vaqueros del Estado de Texas, y que sus narraciones se inspiraban en los relatos orales de ellos que había escuchado en su infancia. Pensé que era una forma natural, profundamente instintiva, derivada de la memoria remota y de sus inventos, de hacer ficción. Ficciones de la memoria, me dije, deformaciones de lo real, y creo que sentí algo que se podría definir como sana envidia. Larry agregó el extraordinario detalle siguiente: como su profesión de librero de viejo, además de escritor, lo obligaba a hacer frecuentes viajes, tenía un estudio idéntico, provisto de la misma máquina Hermes, de las mismas resmas de papel en blanco y de los mismos, atentos, imperturbables cráneos de vaca, en Austin, Texas, y en otros puntos de la vasta geografía norteamericana. Así podía trasladarse y reanudar su trabajo sin esfuerzos excesivos de adaptación. Llevaba las historias

de vaqueros en la memoria, sin necesidad de transportar mayores materiales, y los cráneos silenciosos le soplaban ideas, anécdotas, episodios desaparecidos en las brumas del pasado.

En mis exploraciones desordenadas he encontrado uno que otro ejemplar interesante. Por ejemplo, el Diario de mi residencia en Chile, de la inglesa María Graham, que enviudó durante un viaje en compañía de su marido a los mares del sur, que se instaló en la costa central de Chile, al lado del puerto de Quinteros, que conoció a Bernardo O'Higgins, uno de los padres fundadores de la República, y que se enamoró del marinero, aventurero y aristócrata escocés, jefe de la primera expedición libertadora al Perú, Lord Thomas Cochrane.

Mis descubrimientos de libros antiguos siempre fueron desordenados y universales. Acompañé a Pablo Neruda al Mercado de las Pulgas, un día domingo de París, y en un descuido suyo encontré una *Promenade dans Rome* del señor de Stendhal y en la edición original de mil ochocientos veinte y tantos. Pensaba que las tapas eran posteriores a esa fecha, pero hablé hace poco en París con una

encuadernadora profesional, experta, y me dijo que el libro, en dos volúmenes, tenía una típica, auténtica encuadernación de los años del romanticismo francés. Stendhal describe sus paseos lentos, morosos, eruditos, enamorados, por la Roma histórica de comienzos del siglo XIX, por sus callejuelas, sus vestigios romanos, sus jardines, sus termas imperiales, o frente a las fachadas curvilíneas, rítmicas, del Borromini.

El libro antiguo nos lleva a todas partes, a todas las experiencias humanas, al conocimiento, a la exaltación del amor, de la belleza, de la poesía. Lean ustedes las páginas de Stendhal sobre el Panteón, sobre la calle del Corso, sobre el Palacio Farnese y sus alrededores. Salgo del enigmático Stendhal y encuentro un viejo novelón chileno, obra del extravagante poeta y narrador, viajero impenitente, Augusto D'Halmar, y descubro que es la historia de un sacerdote vasco, Ignacio Deusto, instalado como párroco de la Catedral de Sevilla y que tiene de ayudante a uno de los Seises, un gitanillo adolescente del barrio de Triana, el Aceitunita. En otras palabras, salgo de la Roma de Stendhal y entro a una Sevilla vista y descrita con la mirada de

un viajero chileno. Su novela, que fue publicada en Madrid en 1924, cuenta una historia de amor pecaminosa, especialmente escandalosa en aquellos tiempos: la del cura vasco Ignacio Deusto con el gitanillo de Triana que forma parte de los Seises. Es una historia de rumores, de sospechas, de palabras de doble sentido, de encuentros clandestinos. El gris de las Vascongadas, el oro ardiente del sol sevillano, me hacen pensar en el encuentro de los extremos en la geografía chilena: los fríos y las brumas del sur en contraste con los calores tropicales del norte, puesto que en el otro hemisferio los extremos del clima se presentan en direcciones contrarias. Edgar Allan Poe, el gran cuentista norteamericano, ignoraba este contraste geográfico: en uno de sus relatos, el personaje principal, Arthur Gordon Pym, viaja al sur de Chile y a medida que avanza en su viaje el calor aumenta. En lugar de patagones y alacalufes, indios de los hielos, encuentra seres con caras de enormes gatos, deformados por un calor de los infiernos. En cuanto a la novela de Augusto D'Halmar, el lector púdico podría molestarse, pero el color, las calles, las enredaderas, los jardines, los crepúsculos de Sevilla, están descritos con



maestría y con poesía. Uno escucha las castañuelas sutiles de los Seises, al fondo de la Catedral, y entra en una atmósfera de magia fina. En alguna forma, sin quererlo, D'Halmar fue un precursor. Me acuerdo de haberlo visto pasar, en mi adolescencia, con una capa flotante y un sombrero de alas anchas, por la Alameda de Santiago, y de haberme quedado sorprendido, intrigado. El Santiago de entonces, con su Alameda, con sus estatuas, era una ciudad de personajes extravagantes, y en el tráfigo del presente, en sus grises dominantes, habría necesidad de resucitarlos.

Encuentro en mi biblioteca un ejemplar que había olvidado, que ya no sé dónde encontré: El español, por don J. Blanco White, año de 1813, Parte I, impreso para el autor en Londres y que se hallará en la Casa de Johnson y Compañía, en el patio de la iglesia de San Pablo, entre otros lugares. Blanco White, cura de Sevilla que siguió el camino inverso al de Ignacio Deusto, que optó por refugiarse en la bruma londinense, contaba en El español, revista serial, historias de América, de las Cortes de Cádiz, de las primeras etapas de la campaña de Rusia de Napoleón Bonaparte. Las cartas de los príncipes de Suecia, que

ofrecían una alianza estratégica a Su Majestad Imperial (Bonaparte), pero que eran pobres como la rata y le pedían ayuda para vestir y alimentar a sus tropas, son, además de divertidas, instructivas. Y no faltan las cartas inglesas, alemanas, andaluzas, bogotanas y mexicanas. En abril de 1813, Blanco White recibe una larga carta firmada por “un inglés españolado”. La respuesta no se hace esperar: “De nada necesita España tanto como de Ingleses Españolados y de Españoles Inglesados”.

Sigo en mi búsqueda de libros más o menos antiguos extraviados en mi desordenada biblioteca y me encuentro con uno adquirido en la librería de la Casa Francesa, en la calle de Huérfanos, en Santiago de Chile. Esa Casa Francesa de Huérfanos no existe ya desde hace largas décadas. En una parte había libros, en otra había un hotel, en otra una pastelería inolvidable, donde se vendían “babás al ron” y pasteles de mil hojas. El libro, impreso en 1928, lleva el título siguiente: De Loti a Proust, y es obra del señor Louis de Robert, quien conoció de cerca, por lo visto, a ambos escritores. Me parece que su Proust es algo borroso, pero su Pierre Loti es interesante. Loti es uno de los grandes escritores viajeros de la

literatura europea. Es un contemporáneo de nuestro D'Halmar, y calculo que D'Halmar, aficionado a los lugares exóticos, orientalista, influido por filosofías del extremo Oriente, dandy lunar, seguía los pasos de Pierre Loti con curiosidad apasionada. Loti estuvo algunos meses en el puerto de Valparaíso y viajó desde ahí hasta la Isla de Pascua y hasta Tahiti. D'Halmar se embarcó en Valparaíso y llegó hasta Estambul, antes de regresar por el Mediterráneo y recorrer el sur de España. Loti fue amigo de Edmond Rostand, el afortunado autor de *Cyrano de Bergerac*, conoció a Proust y tuvo relaciones frías, difíciles, con otro novelista de gran éxito en su época, Paul Bourget. El señor Louis de Robert cuenta que las audacias de Loti en materias de vestimenta llegaban al mayor exceso y molestaban a Bourget. Tenía una manta peluda, negra, con esclavina, adquirida en Turquía, y solía usarla en Francia incluso en días de calor. Era miembro de la Academia Francesa, como Bourget y Rostand, pero Bourget se reía a carcajadas de su manta turca, de sus botines, de sus mejillas encremadas. Rostand observó que Loti, en una de las sesiones de la Academia, temblaba de frío. ¿Y por qué no se ponía su manta? Loti

le contestó que temía que el señor Bourget se burlara de él. Rostand, entonces, le escribió una misiva a Bourget pidiéndole que no se burlara del colega de ambos, y la hizo circular de mano en mano hasta llegar a su destinatario. Vio que Bourget hacía un apunte muy rápido y mandaba la misiva de regreso. Había escrito una sola palabra: Concedido. El señor de Robert, gracioso, incisivo, enfermizo, dice que Edmond Rostand aspiraba a la perfección en todo. Su aspiración, agotadora, imposible, solía dejarlo enfermo, abatido. De repente resucitaba y hablaba con la elocuencia sonora de los personajes de Cyrano y de Chantecler. Un día, en su propiedad campestre de Cambó, a pocos kilómetros de Biarritz, recibió una carta de admiración de la reina de Rumania, que se llamaba Carmen Sylva. Tardó tres días en redactar la respuesta, de sólo cuatro o cinco líneas, porque el lenguaje tenía que ser de una calidad estética perfecta. Caminaba por su parque de Cambó repitiendo sus frases, tratando de que tuvieran una sonoridad digna de una reina. A propósito, hubo una Carmen Silva chilena, con “i” latina. Fue una amiga encantadora y una notable pintora y dibujante de objetos sencillos: una silla de

paja, una estufa a parafina, un ventanal con sus cortinillas, sus encuadres de madera, con las sombras difuminadas de los árboles del exterior. No eran decorados de palacio real. Eran modestos, rutinarios, menores, y en su sencillez tenían una poesía interesante.

Como se puede apreciar, el libro antiguo nos lleva a todos lados: a Sevilla, a Santiago de Chile y Valparaíso, a Estambul y a los países vascos del sur de Francia. La luz de Sevilla y su antítesis, la niebla de Bilbao, pueden funcionar como metáforas. Estuve en los jardines y senderos de Cambó hace poco, durante la fiesta del matrimonio de una hija de francés y de chilena, y visité la casona solitaria de Edmond Rostand. La casa, inspirada con libertad en la arquitectura vasca de campo, gótica y moderna, tenía recovecos de todas clases, laberintos, ventanas sorprendidas. Puedo hablar, en resumen, de gente como Edmond Rostand o Pierre Loti, pero también podría hablar de un libro de crónicas de Alfonso Reyes, el mexicano, sobre la cocina de Madrid, y esto nos llevaría a otros rincones, a otros parajes, a otros colores y sabores. Escojo, al fin y entre todo, para mi memoria y mi escritura, los objetos humildes que dibu-

jaba y pintaba la Carmen Silva de mi tiempo. Pero siento la tentación de hablar, además de una edición original de David Copperfield, de Charles Dickens, que encontré en una librería de la calle San Diego, debajo de un montón de trastos y de papeles. Confieso que compré ese Dickens, que tengo ahora al lado mío, demasiado barato, aprovechando la ignorancia o la distracción del librero. Fue, creo, un pecado venial. En estos delicados asuntos, no basta con pasear y con acumular. Hay que leer, hay que estudiar, hay que saber, y hay que amar. A fin de que nuestros pecados, veniales y mortales, nos sean perdonados.



ESTE PREGÓN FUE LEÍDO POR  
**D. JORGE EDWARDS VALDÉS**  
EL JUEVES 13 DE NOVIEMBRE DE 2014 EN EL  
CÍRCULO MERCANTIL E INDUSTRIAL DE SEVILLA  
SE HAN IMPRESO 200 EJEMPLARES PARA ALGUNOS DE  
LOS VISITANTES A LA FERIA QUE ACREDITEN  
SU AMOR A LOS LIBROS.